

Ramallo, Fernando, Estibaliz Amorrortu & Maite Puigdevall (ed.), *Neohablantes de lenguas minorizadas en el Estado español*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2019, 195 p. ISBN: 978-84-9192-086-1 (Iberoamericana) / 978-3-96456-882-3 (Vervuert).

Durante las últimas décadas asistimos a un proceso de sustitución lingüística con mayor o menor intensidad en diferentes territorios del Estado español. La construcción del Estado-nación junto con la hegemonía económica liberal plantean los contextos lingüísticos como mercados en los que las lenguas son entendidas como productos con valor de cambio. El libro que reseñamos se trata de uno de los primeros resultados del proyecto de investigación *El neohablante como sujeto social: el proceso de conversión lingüística en Galicia, Euskadi, Aragón y País Valenciano*, cofinanciado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Economía, Industria e Investigación y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional. Por consiguiente, la mayor parte de los capítulos presentan resultados derivados de un proyecto de mayor envergadura. Los editores, Fernando Ramallo, Estibaliz Amorrortu y Maite Puigdevall, cuentan con un largo recorrido en la investigación sociolingüística del gallego, euskera y catalán, respectivamente, y en esta ocasión presentan un libro en el que los diferentes autores de los capítulos se aproximan al sujeto neohablante como un actor lingüístico llamado a revertir una situación de sustitución lingüística en Euskadi, Aragón, Cataluña y Galicia. El objetivo que se persigue es recopilar experiencias lingüísticas de neohablantes y analizar la variedad de procesos que llevan a cabo para convertirse en hablantes activos de lenguas minorizadas.

La caracterización de estos sujetos no está exenta de complicaciones y a lo largo del libro se dan muestras de ello, enriqueciendo así el debate con diferentes interpretaciones. Un enfoque hace un uso extensivo de esta categoría y engloba a personas que utilizan una lengua minorizada en contextos específicos, aunque no la tenga como lengua habitual. Otras lecturas reivindican el carácter emancipatorio de los

neohablantes y su presentación como tales ante la sociedad. Lo que parece despertar consenso es el componente de consciencia que lleva a estos individuos a interiorizar las causas de la minorización y a actuar en consecuencia mediante prácticas lingüísticas que contravienen la normatividad del orden hegemónico.

El libro está estructurado en diez capítulos, sirviendo el primero y el último como introducción y conclusión, respectivamente, mientras que los demás pueden agruparse en cuatro bloques según el territorio y lengua que tratan. Cada capítulo está planteado por diferentes especialistas guiados por una línea metodológica común. La etnografía se presenta como método de acercamiento a diferentes grupos poblacionales para observar sus prácticas lingüísticas y los modos en los que se produce la muda lingüística, concepto clave a lo largo del trabajo. Más que datos estadísticos de sobra conocidos a raíz de numerosas investigaciones, el foco está puesto en las experiencias particulares que suscitan reconfiguraciones identitarias y lingüísticas en grupos poblacionales diversos.

En el primer capítulo, los editores advierten de la progresiva pérdida de hablantes tradicionales de las lenguas minorizadas y señalan a las personas neohablantes como motores potenciales de recuperación lingüística. Los contextos de los territorios estudiados difieren entre sí, producto de un punto de partida muy desigual a raíz del fin de la dictadura franquista, que hizo mella a nivel cuantitativo en el número de hablantes de lenguas minorizadas y su reparto geográfico, y a nivel cualitativo en el fortalecimiento de ideologías lingüísticas contrarias a su revitalización. Por consiguiente, no se puede dibujar de manera clara un patrón unívoco del sujeto neohablante común a estos territorios. En Euskadi, el predominio del euskera en ciertas poblaciones y su práctica inexistencia en otras engendra oportunidades de uso social muy desigual que repercute a nivel motivacional y de competencias comunicativas en los neohablantes. El aragonés, como lengua sin reconocimiento oficial, sin una transmisión generacional garantizada y débil en términos de número de hablantes, se encuentra gravemente en peligro y los neohablantes encuentran una de las pocas oportunidades lingüísticas en asociaciones culturales y políticas. En Cataluña, los neohablantes han experimentado procesos de muda lingüística con diferentes intensidades, a menudo fomentados por las repercusiones económicas que suscita un mercado laboral que valora positivamente el conocimiento del catalán. En Galicia, los neohablantes desempeñan un papel fundamental en la revitalización del gallego ante la pérdida de hablantes tradicionales, haciendo extensivo su uso en áreas vetadas normativamente, aunque enfrentan el reto de legitimar su variedad lingüística, percibida como *castellanizada* y *poco original* por una parte de la sociedad.

Los capítulos 2, 3 y 4 ponen su foco en el contexto sociolingüístico de Euskadi. En el capítulo 2, las autoras observan un desajuste entre las competencias comuni-

cativas en euskera del alumnado universitario y su plasmación en los usos sociales. Encontramos un continuo de neohablantes que transita entre quien apenas lo habla a quien lo hace en todos los contextos. Así, se plantean muy acertadamente qué factores determinan experiencias tan diferentes a pesar de contextos sociales y niveles educativos similares. Un aspecto metodológico interesante es el rol de investigadores que ejercen las personas participantes, fomentando la autoobservación reflexiva de sus interacciones. Ya desde este capítulo se aportan dos claves en las que se insiste a lo largo del libro: el contexto sociolingüístico y las redes de relaciones como factores que favorecen el uso social de la lengua minorizada. Ambos elementos se derivan de las dificultades detectadas por los participantes, principalmente de índole afectivo, como la ansiedad generada por la autopercepción de falta de fluidez o la consideración de los posibles prejuicios de los interlocutores.

Un ambiente distendido propicia la confianza necesaria para hablar en euskera en contextos informales. En este sentido, la asociación cultural *Zenbat Gara* es un punto de interés para la autora del capítulo 3. En una ciudad principalmente castellanohablante como Bilbao, una de sus mayores festividades, la Semana Grande, se presenta como caldo de experimentación para trasladar a un grupo de neohablantes que estudia euskera en un *euskaltegi* a una situación real e informal de contacto con la cultura vasca. La excesiva confianza en las estadísticas puede generar un optimismo engañoso y la autora es plenamente consciente de ello, de manera que se aparta de las implicaciones cuantitativas que determinan a un *euskaldun* como tal y opta por acudir a prácticas lingüísticas concretas. Nuevamente, las redes de relaciones emergen como un elemento para potenciar el uso social del euskera, aunque la muda lingüística no tiene visos de ser sustitutiva, de manera que este proceso en Euskadi se acercaría más al bilingüismo.

El estudio de las prácticas lingüísticas necesita un marco metodológico preciso y el capítulo 4 contribuye rigurosamente a un planteamiento etnográfico. Los autores proponen el concepto de *etnografía en proceso* para enmarcar las investigaciones que tomen a grupos poblacionales jóvenes como objetos de estudio. Las categorías de infancia, juventud y adolescencia no son fácilmente delimitables y los autores adoptan una postura crítica ante un paradigma histórico que ha privilegiado aspectos psicológicos, cognitivos y biológicos para construir un sujeto incompleto y opuesto a otras categorías etarias. Es una *etnografía en proceso* porque la construcción que estos jóvenes hacen de sus vidas es una transformación dinámica y continua. Para observar sus prácticas lingüísticas, el enfoque etnográfico debe incorporar tres propiedades fundamentales: creatividad, para crear complicidad y aminorar una relación asimétrica entre investigador e investigado; flexibilidad, que implica adaptar las técnicas del tra-

bajo de campo a las necesidades específicas, y reflexividad, consistente en una actitud crítica con las decisiones metodológicas.

La situación de los neohablantes de aragonés recibe atención en el capítulo 5. El autor discrepa sobre el perfil del neohablante de aragonés que «el imaginario homogeneizante del supremacismo lingüístico español ha construido durante el siglo XX» (p. 90). Frente a su asociación con el hábitat rural y la baja cualificación, la mitad de estos hablantes viven en ciudades y no existen diferencias sustanciales entre su nivel de estudios y el del resto de la población de Aragón. Estos hablantes han aprendido el aragonés estándar en entornos marcados por el aragonesismo político y por una débil formación docente que genera carencias y frustraciones cuando se enfrentan a hablantes tradicionales. Además, la no oficialidad y el grave peligro de extinción del aragonés son causas por las que su motivación es interna al no existir recompensas de tipo económico. No obstante, el autor señala algunos factores que han de aprovecharse en relación a la vitalidad del aragonés. Para desligarse de estos condicionamientos contextuales, nuevamente las redes de relaciones son interpeladas como facilitadoras de las interacciones en esta lengua. Asimismo, existe una buena predisposición hacia las variantes tradicionales gracias a su vinculación con el ámbito literario y académico, de modo que esta ausencia de prejuicios configura un escenario propicio para desarrollar políticas lingüísticas.

La relevancia que suponen los espacios sociales para potenciar las lenguas minorizadas adquiere una importancia esencial con el estudio sobre el catalán en el capítulo 6. Como parte del proyecto NEOPHON₂, los autores seleccionaron dos espacios confortables para los neohablantes en términos de actitudes lingüísticas, de seguridad lingüística y de facilidad de acceso: *Voluntariat per la Llengua* (VxLI) y las *Colles de Diables*. Estos puntos sirven como puentes que facilitan el acceso a otras etapas vitales en relación con el catalán, aunque se han detectado ciertas barreras causadas por diferencias culturales y generacionales. Dentro de estos entornos, algunos casos paradigmáticos expuestos muestran cómo algunos factores como el bagaje lingüístico familiar o las carencias en campos semánticos concretos frenan el proceso de muda lingüística.

Posteriormente, los capítulos 7, 8 y 9 nos trasladan a Galicia para estudiar las particularidades de los *neofalantes*. La experimentación es una de las mejores maneras de aprender y el capítulo 7 da buena muestra de ello. Un grupo de universitarios castellanohablantes adoptaron el gallego como única lengua durante una semana con el objetivo de aumentar sus capacidades comunicativas y de introducirse vivencialmente en la realidad sociolingüística del gallego para valorar la importancia de los neohablantes. Los participantes experimentaron los obstáculos a los que se enfrentan

los neohablantes para utilizar el gallego en ciertos ámbitos y sintieron la presión de prejuicios lingüísticos todavía latentes en la sociedad. Los resultados facultan a la autora para problematizar la intencionalidad ideológica presente en el Decreto 79/2010 y contraria a la revitalización del gallego.

A lo largo del libro se aprecia la relevancia de las redes de relaciones para propulsar las lenguas minorizadas. La idiosincrasia de la sociedad contemporánea obliga a considerar internet como un espacio ineludible en las relaciones humanas. El autor del capítulo 8 rastrea las interacciones de los usuarios de un foro futbolístico virtual y analiza sus presentaciones a nivel identitario y lingüístico. Una particularidad de este capítulo es el uso extensivo que se hace del concepto *neohablante*. El autor encaja en esta categoría a personas que, aunque no tengan el gallego como lengua habitual, lo emplean en ámbitos específicos. Este capítulo subraya que el proceso de muda lingüística va más allá del cambio de lengua en una conversación, de manera que hay que considerar si en el contexto estudiado hay una desviación de las reglas que rigen el uso social de las lenguas. Los patrones conductuales *online* y *offline* son a menudo diferentes, por lo que el ingreso en el ciberespacio puede constituir un momento vital que fomenta la muda lingüística.

El capítulo 9 supone un doble desafío a las conceptualizaciones propuestas en otros capítulos sobre las nociones de *muda lingüística* y de *neohablante*. Por un lado, los autores estiman fundamental considerar las condiciones mercantilistas consustanciales al capitalismo en la conversión de las lenguas y de los hablantes en valores monetarios. Por ello, más que de muda, se presenta un escenario de conversión lingüística por el que los neohablantes abandonan la lengua familiar. Por otro lado, la problematización del concepto de *neofalantismo* deriva de las condiciones de minorización que sufre el gallego. Cuando este proceso es entendido como relaciones asimétricas entre las lenguas, el debate que se establece es sobre la restricción de espacios al gallego. No obstante, los autores proponen abordar esta cuestión desde la perspectiva de los hablantes. Los neohablantes activan los mecanismos para superar la dicotomía mayoritario/minoritario mediante una actitud consecuente y perdurable. Por ende, el neohablante se autoidentifica como tal, reconoce su posición dentro de la estructura de poder de la minorización y asume lealtades políticas e ideológicas con respecto a la recuperación del gallego.

En conclusión, los editores de este libro reivindican en el capítulo 10 la figura del sujeto neohablante como actor social con potencialidad para revertir una situación de pérdida de hablantes de euskera, aragonés, catalán y gallego. El horizonte no está exento de dificultades, como la percepción negativa de los hablantes tradicionales sobre la variedad de los neohablantes o el rechazo de la comunidad ante una extensión de

los usos sociales de estas lenguas. Los editores invitan a reflexionar si estamos ante un perfil común de neohablante en los territorios estudiados o si los condicionamientos económicos y políticos condicionan diversas naturalezas. Asimismo, establecen cuatro retos que hay que afrontar para el futuro de estas lenguas: la extensión de los usos lingüísticos en lengua minorizada es un proceso todavía débil, estas lenguas están desligadas de nuevos espacios tradicionalmente restringidos, se han de impulsar las redes de relaciones como espacios propicios para garantizar la muda lingüística, y la *etnografía en proceso* permite aproximarse a la manera en que se dan los cambios y cómo afectan a las prácticas lingüísticas de los neohablantes.

DANIEL PINTO PAJARES
Universidade de Vigo
danielpinto@uvigo.es
ORCID 0000-0001-9397-811X